

# PERIODISMO DE FIN DE SIGLO EN LA ARGENTINA

Por Tomás Eloy Martínez\*

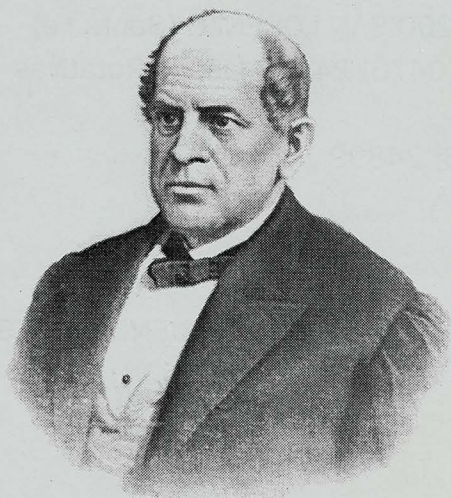
**E**n la tradición cultural argentina, las ficciones, el periodismo y la historia han sido emitidos siempre o casi siempre con un mismo lenguaje, con una misma efusión de voz. Los tres fueron -y son- instrumentos para entender la nación, para dialogar o disentir con el poder y, sobre todo, para establecer, ante las versiones oficiales de la verdad dadas por el poder, otras verdades alternativas que la comunidad suele aceptar muchas veces como la Verdad con mayúsculas.

A la luz de la tradición -y bajo el enorme peso de esa tradición- se abre paso ahora el periodismo en la Argentina. Todos, absolutamente todos los grandes escritores argentinos fueron alguna vez periodistas. Y a la inversa: casi todos los grandes periodistas se convirtieron, tarde o temprano, en grandes escritores. Esa mutua fecundación fue posible porque, para los escritores verdaderos, el periodismo nunca fue un mero modo de *ganarse* la vida sino un recurso providencial para

*ganar* la vida. En cada una de sus crónicas, aún en aquellas que nacieron bajo el apremio de las horas de cierre, los maestros de la literatura nacional comprometieron el propio ser tan a fondo como en el más decisivo de sus libros. Sabían que, si traicionaban a la palabra hasta en la más anónima de las gacetillas, estaban traicionando lo mejor de sí mismos. Un hombre no puede dividirse entre el poeta que busca la expresión justa de nueve a doce de la noche y el ganapán indolente que deja caer las palabras sobre las mesas de redacción como si fueran granos de maíz. El compromiso con la palabra es a tiempo completo, a vida completa. Puede que un periodista convencional no lo piense así. Pero un periodista de veras no tiene otra salida que pensar así. El periodismo no es algo que uno se pone encima a la hora de ir al trabajo. Es algo que duerme con nosotros, que respira y ama con nuestras mismas vísceras y nuestros mismos sentimientos.

Aunque los Estados Unidos han reivindicado para sí la invención o el descubrimiento del periodismo literario, de las *factions* o de las «novelas de la vida real», como suelen denominarse allí los escritos de Truman Capote, Norman Mailer y Joan Didion, es en América Latina donde nació el género y donde alcanzó su genuina grandeza.

El periodismo encuentra su sistema actual de representación y la verdad de su lenguaje en el momento en que se impone una nueva ética. Según esa ética, el periodista no es un agente pasivo que observa la realidad y la comunica; no es una mera pioleta de transmisión entre las fuentes y el lector sino, ante todo, una voz *al* *través* de la cual se puede pensar la realidad, reconocer las emociones y las tensiones secretas de la realidad, entender el por



Todos los grandes escritores argentinos fueron alguna vez periodistas. Domingo Faustino Sarmiento.

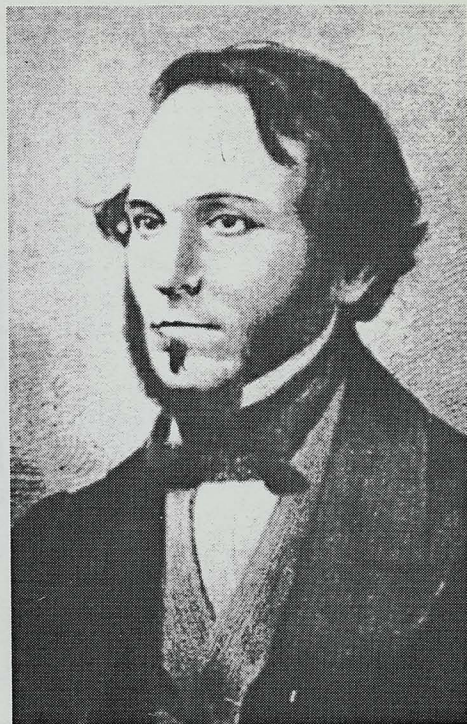


qué y el para qué y el cómo de las cosas con el deslumbramiento de quien las está viendo por primera vez.

Siempre que las sociedades han estado a punto de cambiar de piel, los primeros síntomas de ese cambio han aparecido en la cultura. Piénsese en las canciones de los Beatles, en las novelas «del camino» de Jack Kerouac y J. D. Salinger o en la *Rayuela* de Cortázar y se encontrará prefiguradas en ellas la rebeldía, la avidez mística y el heroísmo anárquico de las dos décadas que siguieron. Piénsese en la soledad escéptica de los personajes que aparecen en los relatos que Italo Calvino, Osvaldo Soriano o Paul Auster escribieron en los años 80 y se obtendrá un retrato cabal de las reivindicaciones capitalistas de este final de siglo. En la cultura es posible descubrir los modelos de realidad que se avecinan y que aún no han sido formulados de manera conciente.

Imagínense cuanta responsabilidad entraña dar cuenta de eso. No sería posible cumplir cabalmente con semejante misión si cada quien, ante la hoja o la pantalla en blanco, no se repitiera una vez y otra: «Lo que escribo es lo que soy, y si no soy fiel a mi mismo no puedo ser fiel a quienes me lean». Sólo de esa fidelidad nace la verdad, aunque de esa verdad nacen siempre los riesgos.

Una de las secretas fuerzas del periodismo de buena ley es su capacidad para fortalecerse en la adversidad, para soslayar las censuras y las mordazas, para cantar cuatro verdades y seguir siendo incorruptible e insumiso cuando a su alrededor todos callan, se someten y se corrompen. A lo largo de la historia se han probado las más diversas armas para acallar su voz incómoda: se lo ha reprimido con la prisión, con la muerte, con la hoguera; se lo ha tratado de amedrentar con bombas, llamadas telefónicas a medianoche, escarmientos en las playas o en barrios solitarios; se han probado el soborno, la seducción de los premios y de los honores, el hospicio, los atentados contra miembros de la familia, las listas negras y el exilio, sin conseguir que el periodismo sepulte o domestique sus verdades. Una de las más astutas estrategias del poder fue simular indiferencia. Cada vez que el



*Casi todos los grandes periodistas se convirtieron en grandes escritores. Juan Bautista Alberdi.*

periodismo alzaba su voz, el poder no oía. Cuando el Poder se declara iletrado, cuando el poder no lee, la escritura no lo lastima. Algunos funcionarios, entre nosotros, han asimilado bien esa lección.

En un libro memorable, *Idea de la Historia*, el filósofo inglés Robin George Collingwood advierte que «sólo lo que se escribe es histórico», sólo lo que ha sido escrito permanece. En el pasado, bastaba con prohibir o excomulgar: la amenaza del patíbulo garantizaba el silencio de los insumisos. Pero ahora, ¿qué puede hacer el Poder? Hay recursos conocidos: las asfixias económicas, los vetos publicitarios, las leyes para controlar la libertad de expresión, las coimas, las ofertas de cargos públicos, para citar sólo aquellos recursos que parecen más civilizados. Una forma sutil y sinuosa de neutralizar el vigor de la palabra es apagar ese vigor desde su propio nacimiento. ¿Cómo? Incitando al periodista a que escude su instrumento, a que escriba como pueda; es decir, mal. A un periodista que desafina, que no sabe narrar, nadie lo lee.



Es verdad que, en algunos momentos de la historia, la brutalidad del Poder impone la retórica excluyente del silencio. Para poder hablar *después* hay que sobrevivir *ahora*. Esa fue la desgarradora alternativa que afrontaron los internados de los campos de concentración, donde quiera existieron esos campos: en Auschwitz, en la isla Dawson, en las «peceras» de Buenos Aires. ¿Enfrentarse al Poder con la certeza de la derrota o fingir resignación ante el Poder para dar luego testimonio de la ignominia? Pero cuando el silencio dura demasiado tiempo, la palabra corre el riesgo de contaminarse, de volverse cómplice.

Para hablar hace falta valor, y para tener valor hace falta tener valores. Sin valores, más vale callar.

Si el periodista concilia, si transa con el poder, si se vuelve cómplice de la mentira y de la injusticia, no sólo está traicionándose a sí mismo. Traiciona, sobre todo, la fe que el lector ha puesto en él, y con eso destroza el mejor argumento de su legitimidad y el único escudo de su fortaleza.

Entre la misión del novelista y la del periodista hay una diferencia esencial: la naturaleza del diálogo que cada uno de ellos establece con el público. Para el novelista crear pensando sólo en el éxito es algo suicida, porque cuando el arte trata de satisfacer a todo el mundo termina por no satisfacer a nadie. El diálogo entre la obra de arte y el público nace sólo cuando la obra ya está terminada. Hasta ese momento, nada debe contar para el artista: ni la música de los aplausos ni los halagos de lo que está de moda. Lo único que importa en el momento de la creación es la fidelidad del artista a lo que él es.

El periodista, en cambio, está obligado a pensar todo el tiempo en su lector, porque si no supiera cómo es ese lector, ¿de qué manera podría responder a sus preguntas? En el periodista, entonces, hay una alianza de fidelidades: fidelidad a la propia conciencia, fidelidad al lector y fidelidad a la verdad. El lector es siempre un factor mucho más activo y exigente de lo que algunos dueños de medios de comunicación suelen suponer. A la avidez de conocimiento del lector no se la sacia

con el escándalo sino con la investigación honesta; no se la aplaca con golpes de efecto sino con la narración de cada hecho dentro de su contexto y de sus antecedentes. Al lector no se lo distrae con fuegos de artificio o con denuncias estrepitosas que se desvanecen al día siguiente, sino que se lo respeta con la información precisa. Cada vez que un periodista arroja leña en el fuego fatuo del escándalo está apagando con cenizas el fuego genuino de la información. El periodismo no es un circo para exhibirse, sino un instrumento para pensar, para crear, para ayudar al hombre en su eterno combate por una vida más digna y menos injusta.

Porque, a semejanza del novelista, el periodista es también un productor de pensamiento. En este fin de siglo neoliberal tan orgulloso de sus certezas, tan convencido de que ya hemos llegado al «fin de la historia», el periodismo tiene la misión de ver la realidad como una enorme interrogación, como una perpetua duda, y de imaginar el futuro como una incesante utopía. El hombre se ha movido en las oscuridades de la historia a golpes de utopía, y la utopía es lo que ha permitido al hombre seguir teniendo fe en la historia.

Anderson afirma en *Imagined Communities* que las naciones se distinguen no por la falsedad o autenticidad de los que narran sobre sí mismas sino por el estilo en el cual son imaginadas. Es decir, por los gestos, las palabras y los silencios que eligen para narrarse. ¿Cómo se narraba la Argentina? Durante mucho tiempo se narró a través de la pasión, del delirio, de la omnipotencia. Que se narre ahora a través de crónicas y ficciones que la re-crean, que la re-velan y des-velan, que la re-democratizan, que le restauran las fantasías con que fue fundada, es un signo de que no estamos deseando ni soñando en vano. Si somos escépticos con el presente no tenemos por qué ser escépticos con el futuro. Todo tiempo futuro ha sido siempre el mejor.

*\* Escritor, periodista. Director del Programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Rutgers, New Jersey. Sus últimos libros son: "Santa Evita" (1995) y "Memorias del general" (1996).*